

DE PAISAJES, EPÍSTOLAS Y EXILIO:
LA MIRADA CRÍTICA DE CLAUDIO GUILLÉN

Montserrat ESCARTÍN GUAL

Universitat de Girona
montserrat.escartin@udg.edu

RESUMEN: En el presente ensayo se hace un elogio de Claudio Guillén a la vez que se relacionan tres de los principales temas en los que trabajó (el paisaje, dentro del campo de la tematología; la epístola, en el de la teoría literaria, y el exilio, como situación histórica literaturizada). El estudio se centra en el tercero, aunque se establece una relación entre los tres.

Palabras clave: Claudio Guillén, Jorge Guillén, paisaje, epístola, exilio.

ABSTRACT: In this essay we pay tribute to Claudio Guillén and, at the same time, we make a relationship between three of the subjects that he works in (the landscape, in the topic's area; the epistle, inside of the literary theory; and the exile, as an historic situation that has been turned into literature). This study focuses in the last one, although we tries to show the link between all of them.

Key words: Claudio Guillén, Jorge Guillén, landscape, epistle, exile.

La Literatura Comparada es la traducción a «arte, facultad o ciencia» de la biografía de Claudio Guillén.

Francisco Rico

En este simposio de la SELGYC fue la primera vez que mencioné en público el apellido «Guillén» sin tener delante los ojos de Claudio Guillén. Es emocionante para mí recordar al catedrático que fue juez de mi tesis, profesor de doctorado, colega con quien coincidí en congresos y amigo entrañable. Aunque él se reconocía «Guillén», no «guillenista o guillenólogo» (Guillén 2002: 93), había profundizado con rigor en la obra de su padre y en la de Salinas, para quienes —solía decir— ni Plutarco ideó dos vidas tan paralelas. Su condición de hijo de uno de los poetas del 27 le permitió matizar tópicos sobre el grupo desde una perspectiva privilegiada y exhibir un inagotable anecdotario. Desde recuerdos entrañables de Lorca, quien les dedicó poemas a él y a su hermana (Guillén 1997: 141), pasando por experiencias emotivas —«Me impresionó enormemente y recuerdo que pensé: si había que mandar al planeta Marte a un ejemplo del género humano y de su posible calidad espiritual, yo enviaría a Emilio Prados» (Guillén 1997: 144-145)—, hasta confesiones dolorosas, como el distanciamiento de Cernuda:

Cuenta mi padre lo que ocurrió en una carta a Salinas el 14 de julio de 1951: «Le encontré en casa de Emilio Prados. Y me habló con tal saña de algunos amigos comunes que, sin responderle, di por terminada mi relación con él. Hubo claramente un rompimiento silencioso». En realidad, mi padre no le dijo a don Pedro toda la verdad. A mí, sí, más de una vez: el amigo con quien se ensañó Cernuda era Salinas. (Guillén 1997: 144)

De don Pedro, precisamente, destacó tanto su profundidad (Guillén, 1997: 146), como su humor e ingenio verbal, que el poeta reservaba a los íntimos dada su timidez:

Conmigo se gastaba, cariñosamente, infinitas bromas, como sus juegos de palabras con el inglés, que él pronunciaba patrióticamente mal, pero conocía muy bien. Así decía «tienda de groserías» por *grocery store*, o «viaje de tripa redonda» por *round trip*, o «la estafa de la universidad» por *staff*, o el «Museo de artes finas» por el *Museum of Fine Arts* de Boston, o «tinaja» por *teenager*, etc. (Guillén, 1997: 147)

No sólo refirió las audacias de Sánchez Mejías, aplicando el léxico de la tauromaquia a la literatura —identificaba a Alberti y Lorca con Joselito y Belmonte o distinguía al poeta largo, que practica muchas suertes, del corto, que profundiza en unas pocas—, sino que las hizo suyas comentando a Salinas y Alberti (Guillén 1991: 73, y 1998: 94-95). Aunque Claudio defendía sus opi-

niones con rotundidad, prefería dirigirse al lector buscando implicarle y el tono interrogativo al enunciado categórico. Así, y pese a los conocimientos que poseía de la epístola horaciana de Garcilaso, hablaba de ella con la humildad de quien parece restar importancia al valor de sus comentarios: «Hoy creo que sé más, en torno a la *Epístola a Boscán*, que hace unos años. Nada más natural que esa progresión en el saber. ¿Pero quiere ello decir que conozco y entiendo mejor el poema?» (Guillén 2002a: 485). Por último y como buen sabio, no dudaba en rectificar (Guillén 1957: 268, y 1988: 71) o fundir el rigor intelectual con la agudeza y la ironía, como al recordar la época en que su padre enviudó y se hallaba «muy solo, aunque no exageremos, no tanto como un personaje de Nabokov», con quien mantuvo una buena amistad hasta que, «en alas de Lolita, volara a medios más rutilantes» (Guillén 2002: 87-95); sin olvidar nunca el humor:

Se encontraba mi padre de visita en Princeton, donde yo era joven profesor, cuando cogió una pulmonía muy grave. Pasó un par de semanas en el hospital, donde yo le visitaba a diario. Una tarde le encontré conectado con tubos, porque le daban alimentación intravenal. Le rodeaban unas enfermeras que llevaban la boca y buena parte del rostro tapadas con telas blancas. Me dice de repente mi padre: «Pregúntales a esas señoras moras que qué me están metiendo en las venas». Le respondí que «azúcar». Y él replicó: «Pues díles que nunca he sido un poeta pastoril». Recuerdo que telefoneé acto seguido a mi hermana Teresa, asegurándole que nuestro padre se salvaba. Y pensé para mí, una vez más: la postura de *Cántico*, con su adhesión al mundo, no se debe a la ausencia de sufrimiento, sino a un reiterado acto de conciencia y de voluntad. (Guillén 1997: 139)

Imposible abarcar la multiplicidad de facetas del hombre, del profesor y, aún menos, la del crítico. En consecuencia, voy a relacionar tres aspectos de los muchos que trató: el paisaje, dentro del campo de la tematología; la epístola, en el de la teoría literaria, y el exilio, situación histórica literaturizada. A las reflexiones reunidas en *El sol de los desterrados*, añadiré datos de su experiencia personal, que Claudio reveló en entrevistas, conferencias y un congreso sobre *Literatura y exilio* donde ambos participamos.

Ante el paisaje se preguntaba ¿dónde termina la naturaleza y empieza la cultura?, ¿cómo se afectan ambas? Para ejemplificar esta relación citaba a Salinas, en cuyo *El contemplado* el poeta contempla el mar, no con la ingenuidad del asombro primero, sino con un sedimento cultural de siglos que le hace sentirse unido a hombres que lo hicieron antes que él: Valéry, Unamuno, Juan Ramón...:

Ahora aquí, frente a ti, todo arrobado,
 aprendo lo que soy: soy un momento
 de esa larga mirada que te ojea,
 desde ayer, desde hoy, desde mañana,
 paralela del tiempo. (Salinas 2007: 601)

En la civilización europea es bien conocido este ir y venir entre naturaleza y cultura, originalidad y tradición, como demuestra una flor desde Ausonio hasta Baudelaire. Convencido de su importancia y heredero de Eliot, Claudio distinguía entre los temas de mediano y los de largo recorrido que perduran transformándose, sea la naturaleza o los libros:

Los libros están cargados de pasado. *Hamlet* no es exactamente el *Hamlet* que Shakespeare concibió a principios del siglo xvii, *Hamlet* es el *Hamlet* de Coleridge, de Goethe y de Bradley. Si leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el tiempo que ha transcurrido desde el día en que fue escrito y nosotros. (Borges 2003: 22-23)

Ante la naturaleza, defendía que el hombre se torna invisible, pero no su acción, pues mirar es algo más que descubrir, es también crear y dar sentido (Guillén 1998: 99, y 1992, I: 77-98). La naturaleza nos influye cuando gozamos de ella estéticamente, al contemplarla a través de un filtro cultural que nos condiciona, y a través del cual le damos significado hasta transformarla en *paisaje*. Si Amiel define esta simbiosis —el paisaje es un estado de ánimo—, un siglo después, Pessoa lo hará invirtiendo los términos —«un estado del alma es un paisaje» (Pessoa 2002: 85)— y, hoy, como en el siglo xix —nosotros también somos paisaje— (Benedetti 2007: 39). Claudio, agudo observador, nos invita a mirar con la perspectiva del extranjero que admira su entorno (Guillén, 2002: 90). Para muchos desterrados, sin embargo, la percepción de la naturaleza está marcada por la nostalgia, razón por la cual, a pesar del paisaje próximo, el recuerdo impone otro lejano, sea en los versos de Alberti desde Argentina: «Esta ventana me lleva, / la mire abierta o cerrada, / a Jerez de la Frontera» (Alberti 1978: 1.036); o en los de Juan Ramón desde Estados Unidos: «Y por debajo de Washington Bridge, el puente más amigo de Nueva York, corre el campo dorado de mi infancia [...] En el jardín de St. John the Divine, los chopos verdes eran de Madrid, hablé con un perro y un gato en español...» (Font 1972: 33).

Si desde el exilio, la patria puede concentrarse en un paisaje, aunque se deba renunciar a él por defender las convicciones (Unamuno 1987: 416), en

general, los paisajes evocados sirven para recuperar la tierra de la infancia como paraíso perdido, caso de Andalucía en el último verso de Machado: «estos días azules y este sol de la infancia», o en la prosa de Cernuda:

En tierra bien distante, pasados los mares, hallas trazado aquí con piedra, árbol y agua, un rincencillo de la tuya, un rincencillo andaluz. [...] Comprendes entonces que al vivir esta otra mitad de la vida acaso no haces otra cosa que recobrar al fin, en lo presente, la infancia perdida. (Cernuda 2002: 250-251)

La tierra natal y los recuerdos infantiles fundidos se convierten así en verdaderos paraísos personales a los que se desea volver. Martín Gaité justifica esta necesidad y noveliza su biografía: «para escribir hay que volver a los orígenes, al libro de la memoria, a la exploración de la infancia» (Bustamante, 1978: 57). Alberti la poetiza en *Retornos de lo vivo lejano*, correlato de sus memorias (*La arboleda perdida*), cuya cita inicial es de Unamuno y reza: «No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez» (Alberti 2005: 9). Igual que ellos, Claudio Magris asegura hoy que «el viaje más fascinador es un regreso» (Magris 2008: 24); y, si no es posible, al menos, aminorar la distancia, como pedía un poeta desde el mar Negro (Ovidio 1966: 62). Cuando se pierde la posibilidad de volver al propio paisaje, se acaba el destierro y empieza el exilio (Zambrano 1990: 32).

Entre uno y otro, la epístola es el segundo aspecto del que hablaremos, parte del interés de Claudio por la *genología* (Guillén 2-II-2003: 13). Ya Horacio defendía que el hombre asume la complejidad de la vida y convierte su experiencia en proceso que participa al amigo por la correspondencia. Sea en las *Cartas morales a Lucilio*, en la *Epístola a Boscán*, o en los epistolarios del 27, lo cierto es que la amistad consigue que el pensamiento ético se exprese mediante la escritura, incidiendo en lo personal y en lo literario, como demuestran las obras de Garcilaso o Salinas, estudiadas por Claudio, quien estuvo revisando la correspondencia de su padre para publicarla hasta poco antes de morir.

La epístola, en tanto que remedio y supresión de la distancia, es un género vinculado al exilio y a Séneca, un maestro en la carta consolatoria, que escribe para confortar a su madre, amigos y a sí mismo durante los años de su destierro en Córcega. El modelo se lo da Plutarco con un breve tratado en forma de carta de consuelo —*Sobre el exilio*— donde proclama que el hombre es ante todo ciudadano del mundo y que la verdadera patria del sabio se halla en el universo; así como la del alma, en el cielo. Si todos estamos desterrados de

nuestro origen celeste, ¿qué importa un exilio menor? Desde la perspectiva del sabio, cosmopolita y espiritual, la desdicha del exilio no es tal, pues ningún lugar puede robarnos la virtud y el saber. A través de admiradores como Erasmo, Mexía o Guevara, la carta de consuelo al desterrado se convierte en tópico, objeto de mimesis y, para Claudio, en fuente de estudio y referente de su experiencia vital de exiliado, que reconocía haber analizado «desde el ángulo del comparativismo como realidad histórica y también como continuidad temática y metafórica en la escritura» (Guillén 2002: 93).

Claudio utilizó los arquetipos de Ovidio y Plutarco para valorar el exilio como motivo literario o reflexión moral. La actitud del primero fue la nostalgia, la aflicción por la pérdida. Sentirse un exiliado cultural impidió a Ovidio experimentar el efecto unificador de la naturaleza y el disfrute de lo cercano. Supo sin embargo descubrir en la poesía un alivio de sus penas y una compensación de su destino (Ovidio 1966: 16, 50 y 58), que otros autores posteriores, de Shakespeare a Alberti, imitaron convirtiéndolo en tema.

Caso antitético muestran Séneca o Plutarco, quienes convierten el destierro en objeto de reflexión moral al descubrir en la imagen del sol y las estrellas lo universal de la vida humana. Para el estoico, el exilio no es una desgracia, sino una oportunidad y una prueba que permite dominar los factores externos con la fuerza interior: «Veamos qué es el destierro. Sencillamente, un cambio de lugar»; pero, sea donde sea, uno puede gozar de la naturaleza misma de las cosas y llevar consigo sus virtudes; en consecuencia «no hay destierro enojoso», pues «para el varón sabio son patria todos los lugares» (Séneca 1943: 66 y 72). Con idéntica entereza Epicteto se pregunta: «¿adónde puede alguien desterrarme? Fuera del mundo no puede. Y vaya donde vaya, allí habrá sol, allí habrá luna, allí habrá estrellas, sueños, agüeros, trato con los dioses» (Guillén 1995: 28). Claudio confirma la misma filosofía en su padre señalando cómo mantuvo en su poesía del exilio la misma fe expuesta en *Cántico*: «*Du côté* de Plutarco nunca consideró aceptable una actitud quejumbrosa o afligida ante las situaciones vitales en que se fue encontrando» (Guillén 2002: 95) y que el mismo poeta defendía:

... el exilio no ha sido para mí un fenómeno radical, porque en cualquier punto de la tierra vuelvo a encontrar lo esencial: el aire, el agua, el sol, el hombre, la compañía humana. Ya lo he dicho en uno de mis poemas, «Más allá»: «Mi centro es este punto: Cualquiera...». Jamás he podido considerarme como completamente exiliado. Estoy siempre en esta patria que se llama planeta-tierra. (Guillén Álvarez 1969: 15 y 14)

El destierro sin embargo conlleva una serie de pérdidas que no hay que minimizar, siendo la primera la lengua, de la que ya se dolía Ovidio (1966: 53) y Juan Ramón, al aceptar todas las vejaciones del exilio, salvó esta:

Bien está la ingratitud y la calumnia, el honor de la lista negra, la pérdida oficial de la ciudadanía, el robo de mi trabajo de toda la vida [...] pero ¡a qué precio!, el destierro de mi lengua diferente, superior a toda alegría [...] No la puedo soportar. Porque desterrado, no tener lenguas mías a mi alrededor, no hago nada, no soy nadie, estoy más muerto que muerto, estoy perdido. (Jiménez 1985: 48)

La segunda es el espacio, entendido como el paisaje familiar, geográfico o profesional, cuya falta convierte la vida en destierro:

Cuando se haga la paz veré que no tengo ni carrera, ni puesto, ni dinero, ni nombre, que me falta todo eso que he ganado en 40 años de vida y se ha vuelto humo. Pero que me falta, y eso es lo peor, ese algo impalpable, del aire, de la luz, del modo de hablar, de los paisajes y los cielos, que se llama España. (Salinas 1996: 78 y 90-91)

La marginación del exiliado nace al enfrentarse a este desamparo de no tener lugar propio, que lleva a definir a los «Españoles sin España» como «Ánimas del Purgatorio» (Zambrano 1961: 69). A la pérdida del espacio va vinculada la del tiempo. Unamuno no vive su hoy sino que, atrincherado en su patria interior, se proyecta hacia el futuro al sentirse injustamente castigado. Así, a la pregunta de si su destierro en Fuerteventura iba a durar mucho, responde: «¿cuánto? ¿cinco años más, 20?, supongamos que 20; tengo 63, con 20 más, 83; pienso vivir 90; ¡por mucho que dure yo duraré más!» (Unamuno 1978: 124-125).

Algunos exiliados suman a estas pérdidas la de su identidad, al no ser capaces de renunciar a lo perdido y construir un nuevo proyecto vital (Zambrano 1990: 35). Extraviados en el fondo de la historia, experimentan un sentimiento de orfandad y muerte; entendida como «la total incompreensión, la ausencia de posibilidad de comunicarse, cuando no podemos contar nuestra historia» (Zambrano 1989: 15-16). La cuarta pérdida es fallecer en otro país. La patria es la tierra donde están enterrados nuestros muertos y donde deseamos serlo nosotros. Comentando *Ricardo II*, Claudio recuerda la analogía entre la separación de la tierra natal y la del espíritu de la materia, siendo la muerte el destierro del alma arrojada del cuerpo y el destierro, la muerte del hombre completo, expulsado de su país (Guillén, 2002: 95). Por ello la inte-

gridad de la persona pide el retorno a la tierra natal antes de fenecer. El mismo temor al más definitivo de los destierros aflora en estos versos: «Lo malo de morir en tierra ajena / es que mueres en otro, no en ti mismo» (Moreno Villa 1944: 173) o en el ensayo sobre Garcilaso: «No es español quien no muere en España» (Altolaguirre 1933: 40).

Como consecuencia del exilio, Claudio menciona el estado de inadecuación del que regresa y no encaja en su lugar de origen:

Es la amargura del retorno, el destiempo de Borges es el desfase que se sufre. Cuando un exiliado regresa a su país puede recuperar la tierra, pero no el tiempo. ¿Cómo se puede superar? No permitiendo que el exilio nos obligue a plantear la identidad de una manera simplista, sino enriquecedora. Por la universalización. Podemos descubrir lo que tenemos en común con los otros. (Guillén 3-IX-2003)

Max Aub, tras treinta años de exilio, se duele del «tiempo multiplicado por la ausencia» que lo ha expulsado del presente: «He venido pero no he vuelto» (Guillén 2-II-2003: 35). El fenómeno afecta también a la lengua, congelada en el instante en que se abandonó la comunidad lingüística propia. Juan Ramón constata: «mi español se ha detenido, hace doce años, en mí. Yo supongo, no lo sé ya tampoco, que hablo como hace doce años» (Jiménez 1985: 59). Superar esos obstáculos de incompreensión es el *des-exilio*, que Claudio experimentó el día de su ingreso en la Real Academia Española:

Más de la mitad de mi existencia transcurrió fuera de España, a raíz del exilio al que de niño me llevó mi padre. ¿Qué pensaría don Vicente Llorens, el admirable colega que fue mi maestro en el conocimiento de los destierros, acerca de lo que hoy me acontece? ¿Cabría imaginarse que podía llegar hasta tal extremo el desexilio? (Guillén 2-II-2003: 10)

El término «transterrado, en vez de desterrado» (Marichal 1984: 213), designa la afortunada condición de los españoles que no sufrieron la imposición de otro idioma en Hispanoamérica. Juan Ramón se sintió feliz en Argentina, «conterrado», al volver a «lenguarse»; es decir, hablando y escribiendo en español, lo mismo que Salinas en Puerto Rico y Cernuda en México. Pero, incluso compartiendo la misma lengua, el individuo puede sentir extrañeza al chocar con un sistema de signos diferente, el lenguaje no verbal o «dialecto de alusiones» —según Borges— que permite entenderse sin hablar. Análogo aislamiento acusó Salinas, entre dos estilos de vida («ser en español» o «ser en inglés») y cuyo resultado literario fue la apología del primero en *El defen-*

sor (1948). También su amigo Guillén recordaba cómo había influido en su realización personal la falta del propio idioma durante veinte años, siendo su balance «una vida no del todo lograda» (Guillén Álvarez 1969: 14). Si para el escritor exiliado la lengua es el país perdido, su opción no puede ser otra que vivir en él, como don Jorge en *Despertar español*:

Me despierto en mis palabras, [...]
 Y por ellas estoy con mi paisaje:
 Aquellos cerros grises de la infancia,
 O ese incógnito mar, ya compañero
 Si mi lengua le nombra, le somete.
 No estoy solo. ¡Palabras! (Guillén Álvarez 1969: 14)

Salinas confiesa escribir «abrazado a su idioma como a incomparable bien» (Salinas 2007: 608), porque «gracias al idioma sobrevivimos, porque somos palabra» (Benedetti 2007: 35 y 65). Por ello Claudio se muestra agradecido a los amigos (Américo Castro o Ferrater Mora) que «contribuyeron decisivamente a mantener viva mi propia conciencia de la lengua y la vida españolas» caso del «círculo que mejor conocí, brillantísimo en torno a Francisco García Lorca y su mujer Laura de los Ríos [...] Joaquín Casaldueiro, Ángel del Río, Vicente Llorens...» (Guillén 2002: 92-93).

Claudio señala que ante el destierro es importante considerar la edad del que parte para entender otras pérdidas, pues el niño o joven no pierde el país que aún no es suyo; a diferencia del adulto, que abandona amigos, posición, trabajo y acusa la diferencia entre «ser y estar» en el exilio (se halla fuera pero «se sabe» español), lo cual tiene influencias en su literatura. Exiliados como su padre, Salinas, Cernuda, Prados o Altolaguirre, a sus treinta años, eran aún jóvenes para evolucionar, y lo hicieron, encontrando el aspecto enriquecedor del exilio; frente a los escritores ya maduros —Juan Ramón, Thomas Mann— quienes no pudieron más que profundizar en lo que eran sin cambiar, como sus obras. Para Claudio, más que un exiliado, el joven es un diaspórico, un judío que vive dos culturas a la vez, como fue su experiencia:

Mi hermana Teresa y yo vivimos una adolescencia, ¿cómo decirlo?, múltiple, hiperbólica, pasando no ya de una edad a otra, de los años del colegio a los de la universidad, sino de la lengua española a la francesa y luego a la inglesa, de unos métodos de estudio a otros, de unos hábitos de juventud a nuevas normas de comportamiento... (Guillén 2002: 87)

La metáfora del exilio como desgarró personal y extrañeza de la condición humana es moderna. Claudio la denomina «la vida ausente» refiriéndose a la conciencia de lejanía sufrida por Baudelaire, Rimbaud o Pessoa, que acerca la mirada del artista a la del exiliado, y ante la cual se pregunta si no es todo escritor destacado un «extranjero» en su propio país (Zambrano 1990: 35). De hecho, se puede escribir sobre el exilio sin conocerlo y, para demostrarlo, cita a Foix —el poeta es «una naturaleza en exilio»— y a Cioran —el pensador en un «exiliado»— (Guillén 1998: 88).

En ocasiones, sucede que el escritor halla en el destierro condiciones que fomentan su tendencia a la soledad, caso de Cernuda, quien vivió en un exilio permanente de los hombres, fueran o no sus compatriotas y con independencia del lugar, por desencanto ante la condición humana. El mismo poeta reconoce ser un desterrado antes de iniciar su exilio que, a su entender, no está en la expulsión de un territorio, sino en la renuncia a la lógica del mundo (Aventín 2006: 19-20). A diferencia de Juan Ramón, Salinas o Guillén, que sufrieron el destierro como falta de la cultura española, Cernuda no siente la pérdida de la Patria, ni la necesidad de recuperarla: «Soy español sin ganas / que vive como puede bien lejos de su tierra / sin pesar ni nostalgia» (Cernuda 1973: 477-478).

Por último, se puede perder la estima propia y ajena, según sea la causa del destierro: justa y honrosa o fruto de un abuso de poder, lo cual condicionará la actitud de quien lo sufre. Razones políticas llevaron al exilio a Dante, Unamuno o Rodoreda, cuyas obras serán el fruto posterior y no la causa de su retiro, como le sucedió a Ovidio, castigado por haber escrito unas páginas que él califica de error propio y traición ajena (Ovidio 1966: 62).

El riesgo de sublimar el exilio fue una realidad para el mismo Claudio quien, siendo profesor en el extranjero, confiesa haber idealizado nuestra literatura y convertido sus obras en patria, en cuyo paisaje hallaba los valores espirituales de nuestra geografía moral. Para el exilio histórico, prefería el vocablo «destierro» (Guillén 1995: 96), como su padre, a quien no gustaba exilio por considerarla un latinismo moderno, impuesto tras la guerra por influjo del francés *exil* y del catalán *exili*; y destacaba que el destierro real no disminuye nunca aunque se tienda a literaturizarlo, convirtiéndolo en tema o metáfora, sea la expulsión de los judíos de 1492 o la «España peregrina» de la posguerra (Guillén 2-II-2003: 33), como muestra su discurso de ingreso en la Academia sobre el exilio español a través de los siglos y la discontinuidad de nuestra cultura consigo misma, según su maestro Vicente Llorens.

Claudio insistía en el carácter doloroso del exilio obligado, que exige un alto precio, y distinguía entre «exiliado» y «emigrante» para identificar aquel que se ve confinado a marchar del que elige hacerlo libremente. Su ejemplo era el deportado forzoso de 1939, frente a los obreros españoles que iban a Suiza o Alemania, en los años 1950-1960, para aumentar su calidad de vida. También prevenía del peligro de usar «exilio» como metáfora por no ser igual el sufrimiento de los rusos refugiados en Berlín durante 1917 que el vivido por Nabokov en prestigiosas universidades de América, desde donde podía idealizarlo, como en la cita que inventa y atribuye a Plutarco:

No maldigamos del exilio. Repitamos estos días las palabras de aquel guerrero antiguo del que Plutarco escribió: «por la noche, en campos desolados lejos de Roma, yo plantaba mi tienda, y la tienda para mí era Roma». (Guillén 1995: 160-161)

Con idéntico estoicismo, Claudio sobrellevó circunstancias adversas, destacando el factor positivo del exilio al confesar haberse enriquecido en él, como Plutarco (Guillén 2002: 93) y los recursos que tenemos al alcance para afrontarlo: «La naturaleza, que es universal, y la virtud, que es nuestra» (Séneca, en Guillén 1995: 27):

Con el final de la Guerra Civil española y luego los larguísimos años de la Segunda Guerra Mundial, los sucesos contemporáneos eran arrolladores. La Historia, que era el presente, penetraba en nuestras vidas y nos calaba hasta las entrañas. [...] Mi madre, que era francesa y, por si fuera poco judía, vivió con angustia la ocupación nazi de Francia... (Guillén 2002: 88)

Las estrellas que admiró en el cielo americano de las décadas de 1940 y 1950 fueron: Wellek, Spitzer, Auerbach, Jaeger, Jakobson, Panofsky...

Cuando llegué a Princeton, recién doctorado, el año 53, se acababan de morir Einstein y Thomas Mann ya se había marchado a California. Pero los exiliados eminentísimos pululaban, procedentes de países como Hungría, Alemania o Italia, y en cualquier cafetería tropezabas con un Premio Nobel. (Guillén 2002: 23)

De todos ellos aprendió a fundir lo uno con lo diverso, a convertir lo universal en cercano, recorriendo múltiples moradas. Hoy, en la misma constelación de aquellos nombres, figura ya la estrella de Claudio.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTI, R., *Baladas y canciones del Paraná*, en: *Poesía 1924-1967*, Madrid: Aguilar 1978, 1.036 y 1.013.
- , *La arboleda perdida*, Madrid: El País 2005.
- ALTOLAGUIRRE, M., *Garcilaso de la Vega*, Madrid: Espasa-Calpe 1933.
- AVENTÍN, A., *El exilio interior de Luis Cernuda. Anatomías del corazón del extranjero*, en: D. Fernández López / M. Domínguez Pérez / F. Rodríguez-Gallego (eds.): *Campus stellae: haciendo camino en la investigación literaria*, vol. 2, Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones de la Universidad 2006, 19-27.
- BENEDETTI, M., *Vivir adrede*, Madrid: Alfaguara 2007.
- BORGES, J. L., *Borges oral*, Madrid: Alianza 2003.
- BUSTAMANTE, J., «Encuentro con Carmen Martín Gaité», *Camp de l'arpa*, 57 (1978), 57.
- CERNUDA, L., *Desolación de la Quimera, Poesía completa*, Barcelona: Seix Barral 1973.
- , «El patio», *Variaciones sobre tema mejicano*, Sevilla: Diputación de Sevilla 2002, 250-251.
- FONT, M.^a T., *Espacio: autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Ínsula 1972.
- GUILLÉN ÁLVAREZ, J., en: C. Couffon, *Dos encuentros con Jorge Guillén, Cuadernos*, 40 (1969), París, Centre de recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 15 y 14.
- GUILLÉN CAHEN, C., «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», *Hispanic Review*, 25 (1957), 264-279.
- , «Los silencios de Lázaro de Tormes», *El primer siglo de Oro*, Barcelona: Crítica 1988.
- , «Paisaje y literatura, o los fantasmas de la otredad», en: A. Vilanova (ed.): *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona: PPU 1992, I, 77-98.
- , *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona: Quaderns Crema 1995.
- , «Usos y abusos del 27: recuerdos de aquella generación», *Revista de Occidente*, 191 (1997), 126-152.
- , *Múltiples moradas*, Barcelona: Tusquets 1998.
- , «Tierra feliz del desterrado», en: E. Gascón Vera / C. Ramos (eds.): *Wellesley, recuerdo íleso*, Lérida: Milenio 2002, 87-95.
- , «La amistad y el amor: Garcilaso y Cervantes», *Centro Virtual Cervantes*, Roma: 2002a, 485-504 y http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/la_penna.htm
- , *De la continuidad. Tiempos de historia y de cultura*. Discurso de ingreso en la RAE, leído el día 2-II-2003.
- , Entrevista a Claudio Guillén. Videoteca del exilio. Testimonios, 3-IX-2003: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=6044>.

- JIMÉNEZ, J. R., *Guerra en España*, Barcelona: Seix Barral 1985.
- MAGRIS, C., *El infinito viajar*, Barcelona: Anagrama 2008.
- MARICHAL, J., «El pensamiento español transterrado (1939-1979)», *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid: Alianza 1984.
- MORENO VILLA, J., *Vida en claro*, México: El Colegio de México 1944.
- OVIDIO, *Tristes*, II, libro III y IV, Barcelona: Fundació Bernat Metge 1966.
- PESSOA, F., *Llibre del desassossec*, Barcelona: Quaderns Crema 2002.
- SALINAS, P., *Cartas de viaje*, Enric Bou (ed.), Valencia: Pre-Textos, 1996.
- , *Obras completas I*, Montserrat Escartín (ed.), Madrid: Cátedra, 2007.
- SÉNECA, *Consolación a la madre Helvia*, *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1943.
- UNAMUNO, M., prólogo a *Cómo se hace una novela*, Madrid: Alianza, 1978.
- , *Romancero del destierro*, en *Poesía completa 2*, Madrid: Alianza, 1987.
- ZAMBRANO, M., «Carta sobre el exilio», *Cuadernos*, 49, París (1961), 69.
- , *Delirio y destino*, Madrid: Mondadori, 1989.
- , «El exiliado», *Los bienaventurados*, Madrid: Siruela, 1990.